

EL INEVITABLE TARRADELLAS

MANUEL VAZQUEZ MONTALBAN

MIENTRAS la protesta crece en el campo catalán y Gerona, la provincia en teoría más reaccionaria, suma sus tractores a la ristra de monstruos metálicos que marginan las carreteras del Estado, el berenjenal de la política catalana va madurando bajo un rutilante sol de marzo. Desde Catalunya se comprueba que el berenjenal también crece en Madrid, y que finalmente la estrategia del Gobierno puede consistir en presentarse a sí mismo como única opción electoral por encima de la confusión que él mismo está armando. Pero así como a nivel de Estado queda claro que un partido suarista podría correr los mil metros electorales con una ventaja de salida de quinientos, esa opción no queda clara ni en Catalunya ni en el País Vasco. Los últimos partes periodísticos han lanzado la señal de alarma de que el "suarismo" podría ser encabezado en Catalunya por Socías, pero aun reconociendo lo bien que está dibujando su propia imagen el señor Socías, sigue siendo insuficiente para contrarrestar la larga, ancha, profunda trama de la oposición democrática catalana.

No descubro que el presidente Tarradellas se ha convertido en una pieza clave ante la recta final que conduce a las elecciones. Desde Perpignan ha maniobrado mejor que desde Saint Martin le Beau, y los últimos sondeos de mercado electoral colocan su nombre junto al de Jordi Pujol como los dos políticos catalanes de más audiencia popular. Si Tarradellas encuentra la fórmula mágica que le permite entrar en la lógica política del interior, va a ser muy difícil devolverle al desván. El presidente con el soporte de izquierdistas, socialistas y la Esquerra, de Barrera, ha tomado impulso para no estar lejos de pujolistas, comunistas y democristianos. Siempre ha declarado que con la exclusiva compañía de sus primeros aliados no podría llegar muy lejos y sus últimos movimientos son de acercamiento a fuerzas políticas más determinantes. ¿Qué harán éstas? La papeleta es difícil. En el fondo no está el problema de un supuesto protagonismo de Tarradellas, sino su empecinada negativa a que Catalunya negocie a través de plataformas unitarias estatales. Y



Quando Tarradellas iniciaba la medida de aproximación a sus antagonistas demócratas, ha comenzado a surgir una resistencia incontrolada contra el "honorable presidente", que ya no procede de partidos concretos, sino de personajes que tienen contra él un memorial de agravios. En la fotografía, Tarradellas en Perpignan.

en el fondo del fondo un serio problema político, por cuanto la Generalitat encabezada por Tarradellas es un ente de poder legitimado por la Segunda República, teóricamente, pues, inaceptable por una monarquía y un Gobierno que han tratado de asumir la reforma sin decidir la legitimidad del 18 de julio. ¿Hay fórmulas políticas para resolver este problema contra natura? Si según parece alguien consiguió convertir el agua en vino, aunque nunca se especificó la denominación de origen ni el grado del mosto, tal vez sería posible alcanzar la solución redentora.

Ahora bien. En el mismo momento en que Tarradellas iniciaba la medida de aproximación a sus antagonistas demócratas y algunos de ellos, como el PSC, reducían por su cuenta las distancias con el presidente, ha empezado a surgir una resistencia incontrolada contra Tarradellas, que ya no procede de partidos políticos concretos, sino de personalidades políticas que tienen un memorial de agravios contra el honorable presidente. Se anuncia la posible divulgación de un "dossier" de cartas escritas por Tarradellas y enviadas a personalidades catalanas en las que Tarradellas se despatcha a gusto sobre individuos, entidades y partidos. Desde su solitario y aislado poder simbólico de

St. Martin le Beau, el único activismo posible de Tarradellas durante muchos años ha sido opinar por escrito sobre lo bueno y lo malo de éste o aquél, de esto o aquello. El presidente es tan hábil en la negociación cuerpo a cuerpo como drástico y apabullante en los juicios por escrito. De prosperar la circulación de esa correspondencia, muchísimos políticos demócratas en ejercicio deberían resolver el grave dilema de ponerse de uñas con el presidente o de hacer como si no hubieran leído las cartas. Conociendo a los políticos, es posible deducir que la segunda actitud no queda descartada. Al contrario. La cualidad fundamental de todo político de raza es que está dispuesto a nacer cada día, cada hora, cada minuto y a olvidar hoy lo que mañana puede perfectamente volver a recordar. Un formidable autocontrol de la memoria propia y ajena es lo que distingue a un político de verdad de un amateur de la política.

Hoy por hoy, Tarradellas sigue intransigente en su condena del papel de la Comisión negociadora estatal. Juzguen ustedes mismos: "La gente pacta con aquellos que tienen algo que dar, pero no con los que no tienen nada. Pasan cosas en el País Vasco y en Catalunya que tienen fuerza, por eso los políticos de Madrid vienen a 'casa nostra' y

no a Málaga o a Cáceres, por ejemplo. Siempre he dicho que los catalanes somos los mejores aliados de la democracia española, pero no hemos de hacer de carteros".

No hay duda de que Tarradellas al decir estas palabras se aprovecha de la sensación vigente en Catalunya de que el importante papel asumido por este país en el deterioro institucional del franquismo no se ha visto representado suficientemente a la hora de plantear la política de la oposición democrática en sus forcejeos con la Reforma. El hecho de que Catalunya dispusiera de un estatuto de autonomía desde 1932 y que a trancas y barrancas tuviera formas de autogobierno hasta 1939, enraiza más la reivindicación institucional que en Euzkadi o Galicia, donde los estatutos republicanos apenas se pusieron en práctica (País Vasco) o se decretaron cuando Galicia ya estaba bajo el Ejército franquista (Galicia). Esto es tan cierto como que la solución Tarradellas de colocar un organismo consultivo que sustituyese al Consell de Forces Polítiques y a la Asamblea de Catalunya podría pasar fácilmente sobre el cadáver ya casi embalsamado del primero, pero tropezaría con serias resistencias en lo que respecta a la autodisolución o marginación de la Asamblea. ■